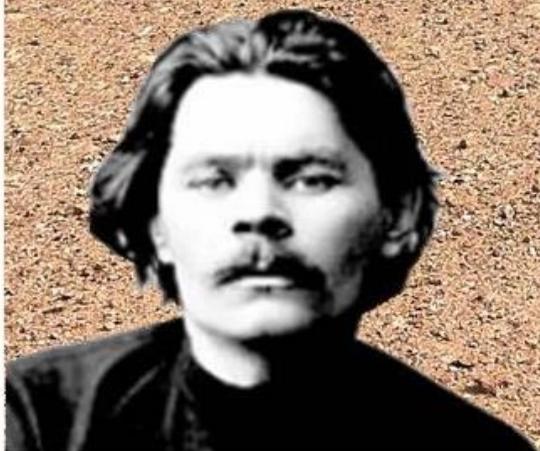


MI COMPAÑERO DE CAMINO

Maximo
Gorki



Mi Compañero de Camino

Máximo Gorki

I

Lo conocí en el puerto de Odesa. Durante tres días habíame llamado la atención su cuerpo cuadrado, robusto, su rostro caucásico, subrayado por una barba magnífica. Su imagen se me aparecía constantemente: la veía de pie, horas enteras, sobre el malecón, apoyada la boca en el puño de su bastón mirando melancólicamente, con aquellos sus negros ojos, el agua turbia del puerto. Diez veces por día pasaba delante de mí con el andar propio de un ocioso despreocupado.

¿Quién era...? Empecé a observarlo. Y él, como para excitar mi curiosidad, se dejaba ver aún con más frecuencia.

Finalmente, me habitué a reconocer de lejos su traje a la moda, claro, a cuadros, y su sombrero flexible de artista; su caminar lento y hasta su mirada aburrida y enojada.

La presencia de aquel hombre era completamente incomprensible en el puerto, en medio de los silbatos de los buques y las locomotoras, del ruido de cadenas, de los gritos de los trabajadores; en medio de aquella agitación febril y desordenada que envolvía a los hombres, aturdiendo su espíritu y sus nervios. Todos se hallaban ocupados, fatigados; todos corrían maldiciendo, por doquier, cubiertos de polvo y sudor. Y entre el torbellino del trabajo, paseábase lentamente aquel extraño personaje con cara de fastidio mortal y universal indiferencia...

Por fin, al cuarto día, topéme con él a la hora de almorzar y me propuse saber a toda costa quién era. Me instalé cerca de él y me puse a comer un trozo de queso y un panecillo, sin dejar de exa-

minar a mi sujeto, en busca de la manera de iniciar la conversación. De pie, apoyado en unos cajones de té, su mirada vagaba sin objeto, mientras silbaba, con el bastón en la boca, como si fuese una flauta. Era difícil para mí, con mi blusa de cargador del puerto, transpirado y sucio, entablar diálogo con aquel frant Pero noté con gran sorpresa que él no cesaba de observarme y que en su mirada ardía cierta codicia maligna y animal. Decidí que el que era objeto de mi atención tenía hambre, y después de mirar rápidamente en torno, le pregunté:

—¿Quiere un poco?

Se estremeció; esbozó una mueca ávida, que puso al descubierto como un centenar de dientes firmes y bien sujetos, y también miró con desconfianza a todas partes.

Pero nadie se fijaba en nosotros. Entonces corté para él la mitad del queso y un pedazo de pan de trigo. Lo tomó prestamente y se alejó; fue a esconderse detrás de un montón de cajas llenas de mercancías. De vez en cuando levantaba la cabeza y, con el sombrero echado hacia atrás, mostraba una frente oscura y reluciente. Aparecía iluminada su cara con una sincera sonrisa y de tanto en tanto me guiñaba el ojo, sin dejar de masticar un momento aquella frugal refección. Le hice señas de que aguardara y fui a comprar un poco de carne, que también le llevé. Me apoyé en las cajas de tal suerte, que ocultaba a las miradas de la gente a mi pobre frant. Hasta aquel instante había comido con la inquietud de una fiera que teme le arrebaten su presa; ahora comía con mayor tranquilidad, pero con tal prisa y avidez, que me era insoportable seguir contemplando a aquel famélico, y me volví de espaldas a él.

—¡Gracias, muchas gracias!

Me golpeó el hombro, me tomó la mano y me la apretó y sacudió con fuerza.

No habían transcurrido cinco minutos y ya había empezado a contarme su historia.

El príncipe georgiano Shacro Ptadze era hijo único de un rico terrateniente de Kutais; estaba empleado en una de las estaciones del ferrocarril Transcaucásico y vivía con un camarada. Este camarada

desapareció de repente, llevándose el dinero y los objetos de valor del príncipe Shacro, quien se lanzó en su persecución. Enterado, por una casualidad, de que el camarada había sacado billete para Batum, el príncipe también se dirigió a esta ciudad. Pero una vez en ella supo que el camarada había salido para Odesa. Entonces el príncipe Shacro tomó el pasaporte de un tal Vano Svanidze, barbero, también camarada suyo, de su misma edad, pero de una apariencia muy distinta a la suya, y partió hacia Odesa. Allí denunció a la policía el despojo de que había sido víctima; prometieronle que el culpable sería detenido; cuatro semanas hacía que aguardaba; los recursos se le habían terminado y desde hacía cuatro días no había probado bocado.

Escuchaba yo aquel relato, entreverado de juramentos, y observaba al muchacho, creyendo en sus palabras y compadeciéndole. Era en extremo joven; no había cumplido todavía veinte años, y por su candidez parecía aun de menos edad. Hablaba con profunda indignación de su antigua amistad con aquel compañero que, convertido en ladrón, hábíale robado objetos tan preciosos. El severo padre de Shacro degollaría a su hijo, con toda seguridad, si no los recuperaba. Pensé que si alguien no acudía en socorro de aquel jovenzuelo, la ciudad lo devoraría. Demasiado sabía yo los azares minúsculos que alimentan el ejército de los descalzos y vislumbraba para el príncipe Shacro todas las probabilidades de entrar en esta orden respetable, pero no respetada... Me propuse ayudarle. No estaba en condiciones de comprarle un billete hasta Batum y solicité ese billete gratuito, en diversas agencias, para Shacro. Busqué con gran insistencia el auxilio que necesitaba, pero con igual insistencia se negaron a prestármelo. Propuse a Shacro visitar al jefe de policía para que le pidiera personalmente el billete; se asustó y no quiso hacerlo. ¿Por qué? No había pagado al dueño del mesón donde se hospedaba, y cuando le reclamaron el importe había agredido a alguien y había desaparecido en seguida. Suponía con razón que la policía no se le mostraría muy amable después de haber contraído deudas y de haber repartido algunos sopapos... y más aún cuando no podía recordar bien si éstos eran dos, tres o cuatro...

La situación se complicaba. Decidí trabajar hasta ganar el precio del viaje a Batum. Pero, ¡vana esperanza!, era evidente que sólo lo

conseguiría después de mucho tiempo o tal vez nunca, porque, tras de un ayuno tan prolongado, Shacro comía más que cuatro personas juntas.

En aquella época, por efecto de la invasión de los «hambrientos», que procedían del campo, los jornales del puerto habían descendido mucho, y de los ochenta kopeikas de mi paga, entre los dos consumíamos sesenta.

Por otra parte, ya mucho antes de conocer al príncipe había yo decidido ir a Crimea, pues no quería eternizarme en Odesa. De ahí que propuse al príncipe Shacro hacer el camino juntos, a pie, con la siguiente condición: si no conseguía proporcionarle un compañero de viaje hasta Tiflis, yo mismo le acompañaría, pero si encontramos alguno, nos separaríamos antes.

El príncipe dirigió una mirada a su elegante calzado, contempló su sombrero y sus pantalones, arreglóse la chaqueta, reflexionó, suspiró varias veces y finalmente aceptó. Así fue como decidimos emprender a pie el camino de Odesa a Tiflis.

II

Cuando llegamos a Jerson ya tenía yo formada mi opinión sobre mi compañero. Se trataba de un ser cándido y salvaje, extremadamente simple: alegre cuando había comido, abatido cuando tenía hambre, lo mismo que un animal robusto y manso.

Durante el trayecto me hablaba del Cáucaso, de la vida que llevaban los terratenientes georgianos, de sus juegos y distracciones y de sus relaciones con los campesinos. Sus relatos eran interesantes y no carecían de belleza; pero la persona de mi compañero aparecía en aquellos relatos reflejada bajo una luz poco favorable. He aquí una muestra de esas historias.

Un príncipe acaudalado daba una fiesta en obsequio de sus amigos; se bebía vino, consumíanse los manjares preferidos de los georgianos y después el príncipe condujo a los invitados al establo.

Ensillaron los caballos. El príncipe montó el mejor de ellos y se lanzó a galopar por la llanura. ¡Era el del príncipe un caballo soberbio! Los invitados admiraban su belleza y velocidad. El príncipe había iniciado una segunda carrera cuando de repente apareció en la llanura un labrador cabalgando sobre un caballo blanco, el cual muy pronto alcanzó al del príncipe y se adelantó a él, mientras el labrador se reía con orgullo... ¡El príncipe sintióse humillado ante sus invitados...! Puso una cara terrible, llamó con un gesto al labrador y cuando lo tuvo a su lado, le cortó la cabeza de un sablazo y disparó su revólver en la oreja del caballo, que se desplomó, muerto. Después el príncipe presentóse a las autoridades, declaró su hazaña y fue condenado a trabajos forzados.

Shacro parecía compadecerse del príncipe. Por mi parte intenté demostrarle que aquel príncipe no era digno de piedad, pero me respondió en un tono aleccionador:

—En el mundo hay pocos príncipes y muchos campesinos. No es justo condenar a un príncipe por un campesino. ¿Qué es un campesino? ¡Helo aquí! —y Shacro señalaba un montón de tierra—. ¡Mientras que un príncipe es como una estrella!

Discutimos y se enojó. Cuando se alteraba, enseñaba unos dientes de lobo y su rostro se volvía agudo.

—¡Tú, Maxim, calla! No conoces la vida del Cáucaso —me gritaba. Todos mis argumentos eran ineficaces contra su simplicidad, y lo que a mí me parecía claro, a él le parecía complicado. Mi lógica no llegaba a su cerebro, y cuando con gran esfuerzo lo acorralaba dándole pruebas evidentes del acierto y superioridad de mis ideas, se limitaba a decir:

—Vete al Cáucaso, vete y verás cómo lo que digo es cierto. Todos obran tal como te lo explico. ¿Cómo quieres que te crea a ti, si eres el único que dice: «Esto es falso», mientras millares de personas afirman: «Esto es verdad»?

Al oír tales preguntas yo callaba, comprendiendo que era preciso oponer a su argumentación simplista, no palabras sino hechos, puesto que él era de los que creían que la vida, en su forma actual, es justa y bien organizada. Mi silencio le impulsaba a enriquecer más

aun sus descripciones de la vida caucásica, saturada de primitivismo, de ardor y originalidad. Estas descripciones me interesaban y cautivaban, pero al mismo tiempo me sublevaban por su crueldad, su servilismo ante la riqueza y la fuerza, y por la ausencia de lo que se llama el deber moral para con el prójimo. Una vez se me ocurrió preguntar a Shacro si conocía la doctrina de Cristo.

—¡Naturalmente! —contestó, encogiendo los hombros.

Pero después de un interrogatorio resultó que sólo sabía que «había existido un tal Jesús, que se rebeló contra las leyes de los judíos, razón por la cual éstos lo crucificaron; mas como era Dios y no murió en la cruz, ascendió al cielo y dio a los hombres nuevas leyes.»

—¿Cuáles? —le pregunté.

Shacro me miró con un asombro irónico y dijo:

—¿Eres cristiano? ¡Bueno! Yo también. Casi todos los hombres son cristianos. Entonces, ¿por qué me haces esta pregunta? ¿No ves cómo vive todo el mundo...? ¡Pues esto es la ley de Cristo!

Llevado por el entusiasmo le expliqué la vida de Jesús. Comenzó a escucharme con atención; después, poco a poco, se distrajo y acabó por bostezar.

Viendo que su corazón no me escuchaba, me dirigí a su inteligencia. Le expuse las ventajas que resultan de la caridad, de la ciencia, de la justicia; le hablaba de las ventajas, únicamente de las ventajas.

—¡El que es fuerte, él mismo se crea su propia ley! No es necesario enseñársela; aunque sea ciego, sabrá encontrar su camino —me respondía negligentemente el príncipe Shacro.

Sabía mantenerse fiel a sí mismo, y esto me infundía respeto. Pero como él era algo salvaje y cruel, yo sentía en algunos momentos como si en mi interior se encendiera una chispa de odio contra él. No perdía la esperanza, sin embargo, de hallar un punto de contacto entre los dos, un terreno sobre el cual pudiésemos encontrarnos y entendernos.

Entonces le hablé empleando mayor simplicidad; me esforcé en acercarme más a él. Al darse cuenta de mis tentativas, concluyó que

yo aceptaba su superioridad y fue tomando cada vez un mayor tono de suficiencia hacia mí. Me apenaba ver que mis argumentos se pulverizaban al chocar contra el muro de piedra de su concepto de la vida.

Habíamos atravesado el Perekop y nos acercábamos a las montañas de Crimea. Desde hacía dos días las veíamos elevándose en el horizonte. Eran azules y parecían tenues jirones de niebla. Yo las admiraba y pensaba con alegría en la costa de Crimea.

Mas el príncipe cantaba canciones georgianas y estaba triste. Habíamos gastado todo el dinero y no se presentaba la posibilidad de ganar otro. Nos apresuramos por llegar a Teodosia, donde habían dado comienzo los trabajos de construcción de un puerto.

El príncipe me decía que él también estaba dispuesto a trabajar y que, con el dinero que ganaríamos, iríamos por mar hasta Batum. En Batum tenía muchos amigos y fácilmente me encontraría una plaza de... portero o guardián. Me daba golpecitos en la espalda, con aire protector, y me decía, chasqueando la lengua con los dientes:

—¡Te procuraré muy buena vida! ¡Tsé, tsé! Beberás tanto vino como quieras. Comerás tanto carnero como puedas engullir. Te casarás con una georgiana muy regordeta, ¡tsé, tsé, tsé! Te hará buenas comidas y te dará hijos, muchos hijos, ¡tsé, tsé!

Este «¡tsé, tsé!» al principio me sorprendía, después me causaba enojo y finalmente acabó por producirme una melancólica irritación. En Rusia este ruido se emplea para llamar a los cerdos; en el Cáucaso expresa la admiración, la nostalgia, el placer, el dolor.

Shacro había deteriorado su vestido elegante, y sus zapatos estaban rotos por todas partes. Habíamos vendido su sombrero y su bastón en Jerson. El sombrero había sido reemplazado por un viejo gorro de mozo de estación.

El día que se lo puso por primera vez, ladeándolo hacia la oreja, me preguntó:

—¿Qué tal me sienta? ¿Está bonito?

III

Por fin llegamos a Crimea. Habíamos pasado por Sinferopol y nos encaminábamos a Yalta. Me sentía emocionado ante la belleza de aquel maravilloso rincón del mundo, que el mar acaricia por todos lados. El príncipe suspiraba, gemía, y mirando con desolados ojos en torno de sí, intentaba llenar su estómago vacío con frutas raras. El propósito no se lograba siempre; entonces me decía malhumorado:

—Si esto me hace daño, ¿cómo me las arreglaré para seguir adelante?

No se presentaba ninguna oportunidad de trabajo. Sin dinero para comprar ni un pedazo de pan, nos alimentábamos de frutas y de ilusiones sobre el porvenir. El príncipe Shacro empezaba a reprobar mi pereza y mi falta de iniciativa. Se hacía pesado, pero lo que más me irritaba eran sus largas disquisiciones sobre su apetito excepcional. Me contó que habiendo almorzado algunas costillitas de cordero, rociadas con tres botellas de vino, podía despachar sin el menor esfuerzo, a la hora de comer, tres platos de sopa, una cazuela entera de arroz con carnero, un par de chuletas y un buen surtido de entremeses del Cáucaso, sin dejar por esto de beber. Se pasaba días enteros hablándome de sus aficiones y conocimientos gastronómicos. Al perorar chasqueaba la lengua contra los dientes, tragaba ruidosamente saliva y lanzaba ardientes miradas de famélico. En esas ocasiones me inspiraba tal repugnancia, que con gran dificultad lograba disimularla.

Sucedió que un día, cerca de Yalta, me contraté para arreglar un jardín con árboles frutales; cobré mi jornal por adelantado y con aquel dinero compré carne y dos panes. Cuando regresé con las provisiones, el jardinero me llamó, y para atenderlo dejé el pan y la carne en manos de Shacro, quien habíase negado a trabajar pretextando que le dolía la cabeza. Una hora después, al reunirme de nuevo con mi compañero, pude comprobar que éste no había exagerado ni mucho menos al ponderar su apetito. De mi compra no quedaba ni una migaja de pan. Aquella acción no era, por cierto, propia de un buen camarada; sin embargo, no dije una palabra, y

ésta fue mi desgracia, como se demostró más adelante.

Shacro observó mi silencio y lo explotó a su modo. Desde aquel momento ocurrió algo tan raro como imprevisto. Yo trabajaba y él, rehusando el trabajo con diversos pretextos, comía, dormía y me criticaba. No soy un discípulo de Tolstoi. Yo sentía risa y tristeza a la vez, viendo a aquel muchacho robusto, que miraba ávidamente, cuando, después de la tarea diaria, se reunía conmigo en algún rincón del jardín a la sombra de los árboles, donde me esperaba ocioso. Pero lo más triste y ridículo aún era el darme cuenta de que se burlaba de mí porque yo trabajaba. Burlábase porque él había aprendido a pedir limosna y yo era, a sus ojos, un esclavo sin vida. Al principio no se atrevía a pedir limosna en mi presencia, pero llegó un día en que, encontrándonos en las inmediaciones de una aldea tártara, se dispuso a ello con el mayor desparpajo. Se apoyó en un bastón y empezó a cojear, convencido de que los tártaros, avaros por naturaleza, no harían caridad a un muchacho tan robusto como él. Su pantomima me indignó y le recriminé, haciéndole ver que lo que iba a hacer era denigrante... Por toda respuesta se mofó de mí.

—No sé trabajar —me dijo.

Le daban limosna con parsimonia. Yo sufría cada vez más. El camino se me hacía pesado y mis relaciones con Shacro eran cada vez más intolerables. Había llegado al extremo de que exigía que yo lo mantuviera.

—¿No eres tú el guía? ¡Pues arréglate! Yo no puedo hacer tan largo camino a pie; no estoy acostumbrado a ello. Este cansancio podría matarme. ¿Por qué me haces padecer tanto? ¿Acaso quieres matarme? ¡Ah, si me muriera, cómo llorarían mis padres y mis amigos! ¡Cuántas lágrimas se derramarían!

Pero yo escuchaba sus discursos sin lamentaciones, sin enfadarme. Comenzaba a asaltar mi mente una extraña idea, que me inclinaba a soportarlo todo. A veces, mientras él dormía, me sentaba a su lado y observando su rostro tranquilo e inmóvil me repetía como si empezara a comprender:

«Mi compañero... mi compañero...»

Y en mi entendimiento surgía a menudo la idea vaga de que Shacro

no hacía más que abusar de su derecho al exigir de mí, con tanta firmeza e insistencia, que le ayudara y me ocupara de él. En esta exigencia revelábase un carácter y una fuerza. Me esclavizaba y yo cedía; procuraba adivinar, observando cada uno de los rasgos de su fisonomía, hasta dónde llegaría en la usurpación de una personalidad que le era desconocida. Por su parte, él se sentía admirablemente bien; cantaba, dormía y se burlaba de mí siempre que le venía en gana.

Sucedía de vez en cuando que nos separábamos por uno o dos días, y cada cual iba por su lado. Yo le proveía de pan y dinero, cuando tenía, y él me indicaba el lugar donde me esperaría. Cuando nos encontrábamos de nuevo, Shacro, que me había dejado con desconfianza y enojo, se mostraba contento, victorioso, y me decía riendo:

—¡Ya creía que te habías salvado solo; que me habías abandonado!
¡Je, je, je!

Le daba de comer y le hablaba de los magníficos lugares que había visto. Un día, al hablarle de Bajchisarai, le recité unos versos de Pushkin. No le causaron la menor impresión.

—¡Pse! ¡Versos!... ¡Mucho más hermosas son las canciones que los versos! Conocí a un georgiano, Mato Leyava, que sabía cantar muy bien. ¡Qué canciones! ¡Qué deleite cuando cantaba, ay, ay, ay! Una voz fuerte, muy fuerte, como si un puñal le rascara la garganta. Estranguló a un posadero y por eso lo mandaron a Siberia.

Todas las veces que volvíamos a reunirnos, yo desmerecía un poco más a sus ojos, lo que él no trataba de disimular.

Nuestra situación fue empeorando. A duras penas conseguía ganar un rublo y medio por semana, y esto era insuficiente, claro está, para mantenernos los dos. Las limosnas que Shacro conseguía no significaban ningún alivio. Su estómago era un tragadero que lo devoraba todo —la uva, los melones, el pescado salado, el pan, la fruta seca—, tragadero que cada vez se hacía más insaciable y exigía más abundante presa.

Shacro expuso la conveniencia de abandonar Crimea, diciendo con razón que ya había llegado el otoño y que el camino que nos que-

daba por hacer era sumamente largo. Convine en ello. Por otra parte, yo ya había explorado aquella comarca; partimos, pues, hacia Teodosia con la esperanza de ganar el dinero que hasta entonces se nos había mostrado esquivo. Nuevamente tuvimos que recurrir a alimentarnos de frutas y de ilusiones sobre el porvenir.

¡Triste porvenir! ¡A fuerza de esperar lo demasiado, pierde todo su encanto cuando se convierte en actualidad!

Veinte verstas más allá de Alushta nos detuvimos para pasar la noche. Había convencido a Shacro de que siguiéramos el camino de la playa; era más largo, pero tenía deseos de respirar el aire del mar. La noche se presentaba magnífica. Encendimos fuego y nos acostamos junto a él boca arriba. El mar, de un verde oscuro, estrellábase contra las rocas, a nuestros pies; en lo alto cerníase, victorioso en su silencio, el cielo azul, y en torno nuestro se oía el suave rumor de los arbustos y del perfumado follaje de los árboles. Aparecía la luna. De las caprichosas ramas del bosque descendían las sombras, que deslizábanse por las rocas. Se oía el canto agudo de un pájaro; sus argentinos gorjeos vibraban en el aire, lleno del murmullo dulce y acariciador de las olas. Una vez que cesaron, percibióse el ric-ric nervioso de un grillo. El fuego chisporroteaba alegremente y su llama semejaba un ramo de flores amarillas y rojas. También producía unas sombras que danzaban con júbilo a nuestro alrededor, como si quisieran exhibir su vivacidad frente a las sombras lentas de la luna. A menudo cruzaban la atmósfera extraños ruidos. El amplio horizonte del mar estaba desierto, el cielo sin nubes, y yo, en el límite de la tierra, sentíame invadido por la inmensidad de aquel fascinador enigma... Embelesado por la majestuosa belleza de la noche, entregábame a aquella maravillosa armonía de colores, sonidos y perfumes; embargábame el alma el tímido presentimiento de una presencia augusta, y mi corazón detenía sus latidos: ¡tan grande era el gozo que sentía de vivir!

De repente, Shacro estalló en una carcajada.

—Je, je, je! ¡Qué aspecto tan estúpido tienes! ¡Igual que un cordero, je, je, je!

Quedé aterrado, cual si me hubiese partido un rayo. Peor todavía. Tal vez sí que la cosa causaba risa, pero ¡qué humillación! Él,

Shacro, lloraba de tanto reír. Yo estaba a punto de llorar por motivos bien diferentes. En mi garganta sentí un estorbo, a manera de piedra; no podía hablar, y posiblemente mi mirada, semejante a la de un loco, aumentaba su hilaridad. Revolcábase por el suelo, oprimíase el vientre con las manos, mientras yo no podía recobrar me de la afrenta que me había inferido. Afrenta terrible. Y las pocas personas que, así lo espero, la comprenderán, ya que, tal vez, habrán experimentado algo análogo, sentirán nuevamente en sus almas el dolor que ésta me produjo.

—¡Basta! —grité furioso.

Se estremeció, tembló, pero, con todo, no pudo contener su risa. Dominábale el paroxismo de reír; las mejillas se le hinchaban, los ojos se le ponían redondos y volvía a romper en carcajadas. Entonces me levanté y me alejé de él. Caminé largo rato, al azar, inconsciente, amargado por el veneno del aislamiento y de la humillación. Había abrazado a la Naturaleza y le confiaba calladas declaraciones de amor, del amor que por ella siente un hombre un poco poeta... ¡y he aquí que ella, en la persona de Shacro, acababa de burlarse de mi exaltación! Habría continuado en mis recriminaciones contra la Naturaleza, contra Shacro y contra todo, si no hubiera oído detrás de mí el ruido de unos pasos rápidos.

—¡No te enfades! —dijo Shacro con voz confusa, golpeándome la espalda con suavidad—. ¿Es que estabas rezando? No me había dado cuenta. Yo no rezo nunca...

Su voz era tímida como la de un niño que ha cometido una falta. A pesar de mi exaltación, me impresionó su cara de compunción, torturada ridículamente por la duda y el temor.

—No volveré a molestarte jamás. Te lo prometo —exclamaba, mientras con la cabeza hacía signos negativos—. Veo que eres bueno, que trabajas... y que no me haces trabajar. A veces me pregunto por qué ocurre esto, y me contesto: Debe ser porque es tonto como un cordero...

¡Me lo decía para consolarme! ¡Para disculparse...! De esta suerte, lógicamente, después de tales consuelos y excusas, no tenía más remedio que perdonarle no sólo las faltas pasadas sino también las

futuras.

Media hora después, él dormía profundamente y yo, sentado a su lado, lo contemplaba. Durante el sueño, el hombre más fuerte parece débil e indefenso, y Shacro aun inspiraba piedad. Sus gruesos labios entreabiertos y sus cejas fruncidas le daban el aspecto de un niño lleno de timidez y admiración. Respiraba con tranquilidad, pero de tarde en tarde se agitaba y de su boca salían palabras y frases enteras, en lengua georgiana, de súplica y turbación. En derredor de nosotros reinaba aquella quietud enervante de la que se espera que surja algo y que, si se prolongara demasiado, llegaría a enloquecernos por la ausencia total del sonido, esta sombra viviente del movimiento. No nos llegaba ni siquiera el suave rumor de las olas. Nos hallábamos en una especie de umbría, cubierta de aliagas espinosas, que adquirían la figuración de un monstruo petrificado. Observaba a Shacro y pensaba: «Este hombre es mi compañero... Puedo abandonarlo aquí mismo, pero no puedo separarme de él, pues siempre encontraré otro compañero semejante... Es el compañero de toda mi vida, me ha de acompañar hasta la tumba.»

IV

Teodosia defraudó nuestras esperanzas. Al llegar a la ciudad había en ella unos cuatrocientos hombres que buscaban trabajo, como nosotros, y tenían que contentarse siendo espectadores de la construcción de los muelles. Entre los obreros había turcos, griegos, georgianos, gente de Smolensko, de Poltava. Por la ciudad y sus inmediaciones erraban en grupos las tristes figuras de «hambrientos» que, semejantes a lobos, andaban y desandaban los caminos procedentes de Azov y de Crimea.

Al principio se nos tomó también por «hambrientos», y sacaron de nosotros todo el provecho posible; confundidos en aquel maremágnum de fracasados, arrancaron de los hombros de Shacro el jubón que yo le había comprado, y a mí me cortaron la correa de mi valija. Pero más tarde, a costa de fuertes disputas, se nos restituyó lo

que era nuestro; la multitud de vagabundos había adivinado cierta afinidad de alma entre ella y nosotros, pues los golfos son personas razonables, por malos sujetos que sean.

Al convencernos de que allí nada teníamos que hacer, y que pretendían construir el dique sin nuestra cooperación, partimos hacia Kerch.

Mi compañero cumplía su palabra: no me molestaba, pero padecía enormemente de hambre; se mostraba tan sombrío como la hondonada del Darío. Cuando veía a alguien comiendo, hacía crujir sus dientes cual un lobo y me mareaba con la enumeración de los manjares que habría deseado engullir. Desde algunos días atrás le había dado por pensar en las mujeres. Al principio, al verlas pasar, limitábase a mirarlas suspirando, luego las contemplaba con sonrisas codiciosas en los labios, propias de «un hombre oriental»; pero últimamente no podíamos encontrar ninguna mujer —cualquiera que fuese su edad o su físico— que no le mereciera una observación cínica y de filosofía práctica, referente a alguna parte de su cuerpo. Hablaba de la mujer sin reserva de ninguna clase y con un conocimiento tan extremado de la materia y desde un punto de vista tan descarnado, que me daba repugnancia.

En cierta ocasión intenté demostrarle que la mujer era un ser al que debíamos considerar, en todos sus aspectos, igual a nosotros. Pero no solamente se sintió ofendido por mis palabras sino que pareció a punto de estallar de rabia a causa de la humillación que creyó haber recibido de mí. Decidí renunciar a toda nueva amonestación hasta que se hubiera aplacado su hambre.

Íbamos caminando hacia Kerch, no por la costa, sino por la llanura, para abreviar la distancia. En nuestra mochila llevábamos únicamente un pan de cebada, de tres libras, comprado con nuestras últimas monedas en casa de un tártaro. Por esta causa, al llegar a Kerch no nos sentimos capaces de buscar trabajo, pues apenas podíamos tenernos en pie. Las tentativas de Shacro para mendigar un pedazo de pan resultaban infructuosas. En todas partes nos respondían lacónicamente: «Sois demasiados los mendicantes». Era bien verdad, por desgracia. Aquel año veíase una cantidad aterradora de pedigüños. Caminaban a pie, en grupos de tres a veinte o más;

llevaban los niños en brazos o bien arrastrándolos de la mano. Toda aquella chiquillería era transparente; por debajo de su piel azulada diríase que lo que circulaba no era sangre, sino un líquido malsano, fétido y turbio... Y los huesos emergían de su piel gastada, formando ángulos tan agudos, que sólo el mirarlos oprimía el corazón y producía una profunda tristeza imposible de resistir.

Hambrientos, semidesnudos, agotados por largas caminatas, aquellos niños ya no lloraban. Miraban en torno de ellos con ojos desfallecidos y extraviados, que a la vista de un huerto o de un campo sin segar brillaban ávidamente; y cuando se volvían hacia sus padres parecían interrogarles por qué se les había traído a este mundo. A veces pasaba una carreta sobre la cual se balanceaba, guiando el caballo, una anciana flaca como un esqueleto, y alrededor de ella aquellas cabezas infantiles, de ojos tristes puestos sobre la tierra ajena. El caballo, huesudo y vetusto, avanzaba penosamente moviendo con compasión su testa puntiaguda, de largos y desgredados pelos... Detrás de la carreta seguían los mayores. Cabizbajos, con los brazos caídos, acobardados y abatidos, ni siquiera la fiebre era capaz de dar fulgores de vida a aquellos ojos mortecinos, llenos de una indecible y conmovedora tristeza. Y todo este conjunto avanzaba lentamente y en silencio, como si se arrastrara por el suelo que no le pertenece, por la tierra que es de otros; como si toda aquella gente, arrojada de la vida por la desgracia, tuviera miedo de turbar la tranquilidad de los que nacieron más felices que ellos.

Encontrábamos con frecuencia esos entierros sin difunto... Cuando nos topábamos o alcanzábamos alguno, los desventurados nos preguntaban con dulce timidez:

—Amigo, ¿está lejos todavía el pueblo?

Y al contestarles, suspiraban y guardaban silencio mientras nos observaban.

Mi príncipe detestaba a esos competidores invencibles en sus andanzas de mendigo. La reserva de fuerzas vitales de su organismo no le permitía, pese a la fatiga de la marcha y a la insuficiente alimentación, adquirir un aspecto tan lastimero como el que podían mostrar los otros, verdaderos ejemplares insuperables en su género. Así que los veía, exclamaba:

—¿Más aún? ¡Tsé, tsé, tsé! ¿Por qué vienen? Pero ¿es que Rusia les resulta pequeña? No lo entiendo. El pueblo es imbécil en Rusia.

Cuando yo le explicaba las razones por las cuales el pueblo ruso se dirigía a Crimea, movía la cabeza despreciativamente y respondía:

—¡No lo entiendo! ¿Cómo es posible? En nuestro país, en Georgia, no incurrimos en estas estupideces.

Llegamos, pues, a Kerch, desorientados y hambrientos. Era ya muy tarde y nos vimos obligados a instalarnos, por aquella noche, debajo del puente existente entre el dique y el muelle.

Era prudente ocultarse. Sabíamos que, poco antes de nuestra llegada, toda la población superflua de Kerch, todos los vagabundos, habían sido echados de la ciudad y temíamos que nos condujesen a la comisaría. Shacro iba provisto de un pasaporte que no le pertenecía y, en consecuencia, nuestra situación podía complicarse de una manera extraordinaria.

Las diminutas olas nos salpicaron generosamente durante toda la noche. Al romper el alba salimos de debajo de la pasarela, transidos por el frío y la humedad. Durante todo el día nos paseamos por la playa y sólo pudimos recoger diez kopeika que nos dio la mujer de un pope por llevarle una bolsa de melones desde un puesto de fruta hasta su casa.

Era preciso atravesar el estrecho para ir a Tamañe. Ningún barquero nos quiso admitir en calidad de remeros. Por más que se lo pedimos no lo logramos, pues todos desconfiaban de los vagabundos, que tantas maldades habían cometido recientemente, y nos clasificaban, no sin motivo, entre los de esa categoría.

Al anoecer me decidí, impelido por la rabia que me causaba mi desgracia y que sentía contra el mundo entero, a una empresa muy temeraria, y la abordé sin pensarlo más.

V

Entrada la noche, Shacro y yo nos acercamos disimuladamente al puerto de la Aduana, en el cual había tres botes amarrados con

cadenas a unas anillas empotradas en el dique de piedra. La obscuridad era absoluta; soplabo el viento y los botes chocaban entre sí, haciendo crujir las cadenas... Me fue fácil desprender la anilla de uno de los botes, haciendo palanca con la cadena.

Encima de nosotros, a una altura de cinco varas, paseábase un centinela de la Aduana, silbando entre dientes. Cuando se detenía cerca de nosotros, yo interrumpía mi trabajo; precaución inútil, pues no podía imaginarse que debajo de él había un hombre, sumergido en el agua hasta el cuello, exponiéndose por momentos a ser arrastrado por una ola. Por otra parte, el crujido de las cadenas no se hubiera interrumpido aunque yo no me hubiese encontrado allí. Shacro ya se había tendido en el fondo del bote; murmuraba algunas palabras a mi oído, pero yo no podía oírle a causa del rumor del oleaje. Por fin pude desamarrar la embarcación... Una ola se apoderó de nuestro bote y de un solo golpe lo lanzó bastantes metros más allá. Sujeto a la cadena, nadé al lado de la barca hasta que finalmente pude trepar a ella. Dos planchas de madera que encontramos en su interior nos sirvieron de remos.

Por encima de nosotros se arremolinaban las nubes, debajo se agitaban las olas, y Shacro, sentado al timón, ora desaparecía con la popa, hundiéndose en los abismos del agua, ora se levantaba en alto, dando gritos y casi cayendo sobre mí. Le aconsejé que se atara las piernas al banco —lo cual yo también me vi obligado a hacer— y sobre todo que no gritara, para evitar el ser descubiertos por el centinela. Entonces dejó de gritar. En el sitio que correspondía a su cara, aparecía una mancha blanca. Sostenía el timón con mano firme. No teníamos tiempo de cambiar de lugar en el bote ni nos atrevíamos a hacerlo. Yo le indicaba lo que había que hacer y él, comprendiéndome, actuaba como un experto mariner. Las tablas de madera que hacían las veces de remos, no servían gran cosa y me lastimaban las manos. El viento soplabo de popa, pero muy poco me importaba conocer hacia dónde nos empujaba; mis esfuerzos tendían a enfilar el estrecho oblicuamente. Ello era fácilmente ejecutable porque las luces de Kerch aún se distinguían perfectamente. Diríase que las olas que venían a contemplarnos debajo de la barca y al chocar las unas con las otras mugían. A medida que avanzábamos las olas eran cada vez más intensas y ruidosas. Ya se oía un rugido

aterrador, que hipnotizaba el pensamiento y el alma... Como el bote era arrastrado cada vez con mayor velocidad, se hacía muy difícil mantener su dirección. Desaparecíamos de pronto en profundos abismos y nos elevábamos luego sobre verdaderas montañas de agua. La noche era cada vez más negra y las nubes más bajas. Las luces, a nuestra espalda, desaparecieron en la sombra; entonces tuve miedo. Parecía que aquella furiosa masa de agua no tuviese límites. Nada se veía, exceptuando las olas que se precipitaban desde la obscuridad al encuentro de nuestra embarcación. De repente me arrancaron una de las tablas que me servía de remo; la otra la arrojé yo mismo al fondo del bote, y con ambas manos me agarré fuertemente al borde de la embarcación. Shacro, cada vez que el agua nos levantaba en vilo, profería un grito salvaje. Me sentía impotente y débil en medio de aquella noche rodeado por el furioso elemento y anonadado por sus clamores. Miraba en torno, embargado por una tristeza obstinada y fría; todo cuanto veía causaba espanto por su monotonía: olas y más olas por doquier, con sus crestas de espuma, que estallaban en lluvia salada, y las nubes envolviéndolo todo con sus jirones como si fuesen olas de otra especie. Sólo comprendía una cosa: que todo lo que sucedía alrededor de mí podía convertirse en algo más fuerte y aterrador todavía; y me irritaba que aquella fuerza se frenara aún y no se decidiera a explotar. La muerte era inevitable. Pero era asimismo indispensable disfrazar esta ley impasible, que lo nivela todo; de otra suerte habría resultado demasiado dura y brutal. Si tuviera que elegir entre ser quemado vivo o ahogado en el fango, preferiría el fuego: es mejor.

—¡Pongamos una vela! —gritó Shacro.

—¿Dónde está la vela? —pregunté.

—Mi abrigo...

—¡Tíramelo! No dejes el timón.

Shacro exclamó desde la popa:

—¡Toma!

Y me largó su abrigo. Arrastrándome por el fondo de la embarcación y haciendo grandes esfuerzos, arranqué una de las tablas, en la cual calcé una de las mangas del abrigo; la apuntalé luego contra

uno de los bancos y la sujeté con los pies. No había hecho más que coger la otra manga y uno de los faldones cuando sucedió algo inesperado... La barca dio un gran salto en el aire, se precipitó luego hacia abajo y me encontré dentro del agua, sujetando el abrigo con una mano mientras la otra estaba enredada en la cuerda que rodeaba exteriormente a la barca. Las olas corrían ruidosamente sobre mi cabeza, al tiempo que tragaba grandes sorbos de agua amarga y salada. Llenábanse de ella mis orejas, mi nariz, mi boca... Sujetando con fuerza la cuerda logré salir del agua para volver a hundirme otra vez; mi cabeza chocó contra el bote. Arrojé el abrigo sobre la quilla y me esforcé por saltar encima de él. Uno de tales esfuerzos tuvo éxito, y desde arriba descubrí inmediatamente a Shacro que daba chapuzones en el agua, colgado de la cuerda que yo acababa de soltar.

—¡Vivos! —le grité.

En este momento saltó por encima del agua y cayó, como yo, sobre el bote. Lo ayudé y nos encontramos frente a frente uno del otro. Yo me hallaba montado en la quilla, con los pies en las cuerdas como si fuesen estribos; pero no estaba seguro ni mucho menos: el primer golpe de mar podía hacerme saltar y arrojarnos de nuevo al agua. Shacro se había agarrado a mis rodillas y con su cabeza me golpeaba el pecho. Todo su cuerpo temblaba; yo oía el castañetear de sus dientes. Había que hacer algo. La quilla era viscosa como si la acabaran de engrasar. Dije a Shacro que descendiera al agua, agarrándose a las cuerdas de un lado, mientras yo hacía lo mismo con las del otro. Por toda respuesta continuó golpeándome el pecho con la cabeza. Las olas, en sus danzas salvajes, saltaban por encima de nosotros y apenas podíamos sostenernos; la cuerda me segaba dolorosamente un pie. A lo lejos formábanse nuevas e inmensas olas que luego desaparecían con estrépito.

Repetí la orden a Shacro, ahora con más energía. Golpeóme el pecho con mayor fuerza. No había tiempo que perder. Me deshice de sus brazos, uno tras otro, lo arrojé al agua y procuré que sus manos sujetaran la cuerda. En este instante ocurrió algo que me asustó más que todo lo que había sucedido en aquella terrible noche.

—¿Quieres ahogarme? —murmuró Shacro, mirándome.

¡Era realmente espantoso! Era espantosa su pregunta y más aún la entonación con que la hacía. Había en esa entonación una tímida resignación que pedía piedad, y el postrer suspiro de un ser que ha perdido toda esperanza de evitar un fin siniestro. Pero más aún impresionaban los ojos, en aquel rostro empapado en agua, de una palidez de muerte.

Le grité:

—¡Agárrate fuerte! —Y a mi vez descendí al agua, sujetando enérgicamente la cuerda con las manos. En aquel momento mi pie tropezó con algo; en el primer instante el dolor me privó de toda comprensión. Pero poco después me di cuenta de lo que era. Una sensación ardiente iluminó mi alma. Sentíame embriagado de alegría y fuerte como nunca...

—¡Tierra! —grité.

Puede ser que los grandes navegantes, descubridores de nuevas tierras, lanzaran esta palabra, en el momento de divisarlas, con mayor entusiasmo que yo, pero dudo que lo hubiesen gritado con mayor fuerza. Shacro lanzó un grito salvaje y nos arrojamos al agua. Comenzamos a caminar por ella. Nuestro entusiasmo decreció rápidamente; el nivel del agua nos llegaba todavía al pecho y no se vislumbraban indicios de costa por ninguna parte. Las olas eran más débiles y no saltaban; ahora resbalaban perezosamente, empapándonos por completo. Afortunadamente no habíamos soltado el bote. Shacro y yo, con las manos en la cuerda, nos manteníamos a uno y otro lado y avanzábamos con precaución, conduciendo la barca, después de haberla vuelto a su posición normal.

Shacro seguía murmurando algunas palabras y riendo. Yo miraba, muy preocupado, a mi alrededor. Estaba oscuro. Detrás de nosotros, y a nuestra derecha, el rumor de las olas era más fuerte que delante y a la izquierda. El terreno era firme y arenoso pero irregular. Había momentos en que no tocábamos fondo y teníamos que nadar con las piernas y un brazo, mientras el otro sujetaba la embarcación; otras veces, el agua sólo nos cubría hasta las rodillas. En los lugares profundos Shacro se quejaba y yo temblaba de miedo. De repente —¡oh, felicidad!—delante de nosotros vimos brillar un fuego.

Shacro gritó con toda la fuerza de sus pulmones; pero yo me acordé perfectamente de que el bote pertenecía a los aduaneros y se lo dije a Shacro. Éste calló; transcurridos unos minutos, estalló en sollozos. No lograba tranquilizarlo; no sabía cómo hacerlo.

El nivel del agua iba disminuyendo; nos llegaba hasta las rodillas; luego hasta los tobillos, y finalmente pisábamos la playa. Shacro y yo seguimos arrastrando la embarcación y no la abandonamos hasta que nos faltaron las fuerzas. Un tronco negro nos cerró el paso. Lo saltamos y nuestros pies desnudos hollaron una hierba espinosa. La tierra nos recibía de una manera harto dolorosa e inhospitalaria, pero nosotros no hicimos caso y corrimos hacia el fuego, que se encontraba a una versta de nosotros y sus juguetonas llamas parecían acogernos alegremente. En torno de ellas las tinieblas se extendían siniestras.

VI

Emergieron de la obscuridad tres enormes perros lanudos que se lanzaron contra nosotros. Shacro, que seguía llorando convulsivamente, dio un grito de terror y cayó al suelo. Yo arrojé contra los perros el abrigo mojado y me agaché para buscar alguna piedra o un bastón. No encontré nada, sino la hierba que me pinchaba los pies. Los perros seguían atacándonos. Me puse dos dedos en la boca y lancé un silbido con todas mis fuerzas. Entonces los perros se apartaron y dejóse oír el ruido de pasos humanos.

Después de algunos momentos nos hallábamos junto al fuego, entre un grupo de cuatro hombres vestidos con pieles de carnero. Guardaban silencio y nos miraban fijamente, con recelo, mientras escuchaban nuestro relato.

Dos de ellos estaban sentados en el suelo; fumaban y lanzaban enormes bocanadas de humo; el tercero, gordo, con una barba muy poblada y un alto gorro de cosaco, estaba de pie detrás de nosotros y se apoyaba en una estaca cuyo puño, formidable, lo constituía una raíz truncada; el cuarto, un joven rubio, ayudaba a Shacro, que continuaba llorando, a desprenderse de su vestido. No lejos de cada

uno de ellos veíanse sus sólidos bastones. A una pequeña distancia de nosotros la tierra aparecía cubierta, en una gran extensión, por una espesa capa gris y mullida, semejante a la nieve recién caída, a punto de fundirse. Tan sólo después de una larga observación me cercioré de que aquello era un gran rebaño de ovejas, apretadas unas contra otras. Habría unos cuantos millares de ellas, que el sueño y la obscuridad de la noche había juntado en una masa uniforme que cubría buena parte de la estepa. De vez en cuando oíanse sus tímidos balidos.

Puse a secar el abrigo al fuego y conté a aquellos hombres toda la verdad acerca de nosotros, sin ocultarles de qué manera habíamos obtenido la embarcación.

—¿Dónde está la barca? —me preguntó un anciano severo y blanco, que no dejaba de mirarme fijamente.

Se lo indiqué.

—Ve a verlo, Mijal.

Mijal, el hombre de la barba negra, apoyó la estaca en sus hombros y se dirigió a la orilla.

El abrigo se había secado. Shacro quería ponérselo, pero el anciano le dijo:

—Aguarda. Si es que quieres entrar en calor, tienes que correr antes alrededor del fuego. ¡Vamos!

Al pronto Shacro no comprendió; luego, de improviso, se levantó, y desnudo como estaba, empezó una danza en extremo salvaje. Saltaba como una bola por encima de la hoguera, giraba sobre sí mismo, golpeaba el suelo con los pies, gritaba con todas sus fuerzas, movía los brazos con frenesí. Era un espectáculo para morir de risa. Dos de aquellos hombres revolcábanse en la tierra riendo a mandíbula batiente, ahogándose de tanto reír, mientras que el anciano, con rostro serio e impassible, procuraba acompañar la danza de Shacro —sin conseguirlo— con rítmicas palmadas; seguía atentamente con los ojos, balanceaba la cabeza, atusábase el bigote y gritaba con voz profunda:

—¡La, la...! ¡Así, así! ¡La, la...! ¡Butz, butz!

Iluminado por el fuego, Shacro retorcióse como una serpiente, adoptaba las actitudes más diversas, brincaba sobre un solo pie, golpeaba la tierra frenéticamente... Su cuerpo brillaba, cubierto por gruesas gotas de sudor. A la luz de las llamas, las gotas parecían de color de sangre.

Mientras los tres hombres palmoteaban rítmicamente, yo, temblando de frío, pensaba que nuestra aventura habría hecho la felicidad de un admirador de Cooper o de Julio Verne. Allí había un naufragio, indígenas hospitalarios y danzas salvajes en torno del fuego... Siguiendo mis meditaciones preguntábame con inquietud cuál sería el episodio final —el más interesante probablemente— de aquella aventura.

Shacro, sentado ya en el suelo, envuelto en el abrigo, comía ahora sin dejar de mirarme con sus ojos negros, en los que fulguraba algo que provocaba en mí una sensación de pesar. A mí también me dieron pan y tocino salado.

Mijal volvió y se sentó en silencio al lado del anciano.

—¿Qué? —preguntó éste.

—Sí, hay un bote allá —respondió lacónicamente Mijal.

—¿No se lo llevará la corriente?

—No.

Todos callaron y volvieron a examinarme.

—Y bien —preguntó Mijal, sin dirigirse a nadie en particular—; ¿hay que conducirlos ante el atamán o bien entregarlos directamente a los aduaneros?

«¡He aquí el final!», pensé. Nadie respondió a Mijal. Shacro seguía comiendo en silencio.

—Podrían ser entregados al atamán... o bien a los aduaneros. Lo primero está bien, y lo otro también —acabó por decir el anciano.

—Un momento, abuelo... —empecé a decir.

Pero él no me hizo ningún caso.

—¿No hay que robar! Sí...; si no se les castigara, harían cosas peores.

El anciano se expresaba con una indiferencia indignante. Después de estas palabras sus compañeros asintieron con silenciosas inclinaciones de cabeza.

—¡Esto es! Has robado y tienes que ser castigado. ¡Mijal! ¿Está allá el bote?

—Os digo que sí.

—Y bien... ¿no se lo llevará el agua?

—No; no se lo llevará.

—Bien. Por ahora nada hay que hacer. Mañana los barqueros irán a Kerch y llevarán el bote. ¿Por qué no habrían de llevar la embarcación vacía, eh? Así está bien. Y vosotros, infelices pilletes, ¿no tuvisteis miedo? ¿No? Media versta más y os hubierais encontrado en alta mar. ¿Qué habríais hecho allá? Os hubierais ido al fondo, como piedras... ¡Sí! Os hubierais ahogado: ¡he aquí lo que habría ocurrido!

El anciano calló y me contempló con una sonrisa irónica, por debajo de su bigote.

—¿Por qué estás tan callado, tú? —me preguntó.

Yo estaba cansado de sus digresiones que, sin saber por qué, me parecían una burla de nuestra suerte.

—Te escucho —respondí, en un tono bastante brusco.

—Y ¿qué piensas? —insistió el anciano.

—Nada.

—Pero ¿es que te estás burlando? ¿Está bien burlarse de una persona más vieja que tú?

Guardé silencio, aceptando que, efectivamente, no estaba bien burlarse.

—¿Quieres comer algo más? —prosiguió.

—No.

—¡Pues no comas, ya que no quieres más! Y para continuar tu camino, ¿no querrás tomar un poco más de pan?

Me estremecí de alegría, pero procuré no demostrarlo.

—Para el camino tomaré un poco más... —respondí tranquilamente.

—¡Eh...! Dadles pan y tocino para el camino... Y, ¿quizá quede aún alguna cosa más..? Si es así, dádselo también.

—¿Es que se marcharán? —interrogó Mijal.

Los otros dirigieron sus miradas al anciano.

—¿Qué queréis que hagamos nosotros con ellos?

—Pero ¿no podríamos entregarlos al atamán o bien a los aduaneros?

—dijo Mijal, algo desconcertado.

Shacro se acercó más al fuego y, lleno de curiosidad, alargó la cabeza entre los pliegues del abrigo. Estaba tranquilo.

—¿Qué tienen que ver con el atamán? Nada tienen que ver con él. Más adelante, si lo desean, podrán visitarlo.

—Y del bote, ¿qué haremos? —insistió Mijal.

—¿El bote? —repitió el anciano—. Y bien, ¿qué hay con el bote? ¿Está allí?

—Sí... —contestó Mijal.

—Está bien; que se quede allá. Por la mañana, Ivashka lo volverá al puerto. Allí ya lo recogerán y lo devolverán a Kerch. Nosotros no hemos de hacer nada del bote.

Examiné atentamente al anciano; ningún movimiento pude notar en su rostro flemático, curtido por el sol y el viento, sobre el que jugueteaban las sombras del fuego.

—¡Siempre que no ocurra nada malo para nosotros! —dijo Mijal.

—No ha de pasar nada, mientras tú no seas excesivamente libre de palabras. Si los conducimos al atamán será muy fastidioso para nosotros y para ellos. Nosotros tenemos que ocuparnos de nuestras cosas, y ellos no van a hacer otra cosa que largarse. ¡Eh!, ¿es que tenéis que ir muy lejos aún? —nos preguntó el anciano, aunque yo ya le había dicho adonde nos dirigíamos.

—A Tiflis.

—Es lejos. ¿Lo ves? El atamán les haría perder demasiado tiempo. ¿Cuándo llegarían? Mejor es que emprendan el viaje inmediatamente. ¿No es cierto?

—¡Y bueno! Que se vayan —asintieron los compañeros del anciano, cuando, terminado su lento discurso y cerrados los labios, los observaba uno después de otro, interrogándolos con la mirada, mientras con los dedos retorció su barba descolorida.

—Vamos, muchachos, partid. Que Dios os acompañe —dijo, e hizo un movimiento con la mano—. El bote será devuelto a su sitio, ¿eh?

—Muchas gracias, abuelo —exclamé, quitándome el sombrero.

—¿Por qué, gracias?

—Gracias, amigo, muchas gracias —repetí con emoción.

—Pero ¿de qué, di? ¡No vengas con cuentos, ahora! Os digo: «Partid; que Dios os acompañe», y tú me respondes: «Gracias»... ¿Es que creías que te mandaría al diablo, eh?

—Lo confieso; así lo temía.

—¡Ah...! —y el anciano arqueó las cejas—. ¿Por qué llevar a un ser humano por el mal camino? Mejor es dirigirlo hacia el mismo que yo sigo. Tal vez algún día nos volveremos a encontrar; entonces nos reconoceremos mutuamente. Tal vez podremos ayudarnos... ¡Adiós!

Sacóse el gorro de piel de carnero, lanudo, y nos saludó. Sus compañeros hicieron lo mismo. Preguntamos por el camino de Anap y partimos. Shacro se reía quién sabe por qué...

VII

—¿Por qué te reías? —le pregunté.

Yo estaba encantado del anciano y de su concepto de la vida; encantado de la fresca brisa que precedía al alba y que nos acariciaba el pecho; encantado del cielo, despejado de niebla, a punto de esclarecerse con la luz del sol, que no tardaría en aparecer, y del día que pronto nacería.

Shacro me miró guiñando el ojo y soltó una gran carcajada. Yo mismo sonreía al oír su risa alegre y sana. Las dos o tres horas

pasadas junto al fuego de los pastores, y el buen pan con tocino no habían dejado, como recuerdo de nuestra fatiga, más que un ligero dolor de espalda; y hasta este malestar iba desvaneciéndose a medida que caminábamos.

—¿Por qué te ríes? ¿Estás contento de haber escapado? ¿Te ríes porque te encuentras vivo y sin pasar hambre?

Shacro indicó que «no» con la cabeza, dióme un golpecito al costado con el codo, hizo una mueca, volvió a reír, y por fin pudo contestarme en su mutilado ruso:

—¿No aciertas por qué me río? ¿No? ¡Voy a explicártelo! ¿Sabes lo que habría hecho, si nos hubiesen entregado al atamán o a los aduaneros? ¿No lo adivinas? Pues bien, habría dicho: «¡Me quiso ahogar!» Y me habría puesto a llorar. Entonces, naturalmente, habrían tenido lástima de mí, y a ti te habrían enviado a la cárcel. ¿Lo sabes ahora?

Procuré no ver en ello más que una broma; pero, ¡pobre de mí!, comprendí bien pronto que Shacro se hallaba bien decidido a hacer lo que acababa de decir. Me lo demostraba de un modo tan absoluto y evidente que, en lugar de rebelarme contra tan descarado cinismo, sentí hacia mi compañero y hacia mí mismo también la más profunda piedad. ¿Qué otro sentimiento podía despertar un ser que os explica, con la sonrisa en los labios y en el tono de la mayor sinceridad, su intención de perjudicaros? ¿Qué hacer, si él cree ver en esa intención una agradable y espiritual broma?

Le hice ver, con toda vehemencia, la monstruosidad que encerraba su idea. Pero me contestó, con la misma simplicidad de antes, que me pusiera en su lugar: ¿no tenía en su poder un pasaporte falso?, ¿no significaba aquello para él un grave peligro?

En aquel momento me asaltó un pensamiento amargo.

—¡Oye! —le dije—. ¿De verdad crees que yo quise ahogarte?

—¡No...! Cuando me tiraste al agua, me lo creí, pero tan pronto como vi que también te arrojabas tú, dejé de creerlo.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamé—. Gracias por esto, cuando menos.

—¡No digas: gracias! Soy yo el que ha de decir gracias. Allí, cuando nos acercamos al fuego, tú y yo estábamos muertos de frío. El abrigo se hallaba en tus manos, pero no te aprovechaste de él. Lo pusiste a secar y luego me lo diste a mí, mientras tú quedabas desabrigoado. ¡He aquí por qué te digo gracias! Eres bueno, lo comprendo. Cuando nos encontremos en Tiflis, te lo recompensaré. Te llevaré a casa de mi padre. Y le diré: «He aquí un hombre. Dale hospitalidad, comida y bebida; trátalo bien, y a mí mándame al establo.» Esto es lo que le diré. Tú te quedarás en nuestra casa; harás de jardinero, beberás buen vino y podrás hartarte tanto como quieras. ¡Ah, ah, ah! ¡Vivirás como un príncipe! ¡Todo te saldrá bien! Comerás y beberás en rica vajilla.

Con toda amplitud y detalle me describía las dulzuras de la vida que me esperaban en Tiflis. Y yo, escuchando sus palabras, pensaba en la inmensa tristeza de los seres que, armados de una nueva moral, de nuevas ilusiones, avanzan solos, se pierden en la vida y encuentran en su camino a compañeros que les son extraños y no pueden comprenderlos... ¡Qué triste es la vida de estos seres aislados! El viento los desparrama contra su voluntad. Sin embargo, son la semilla sana, a pesar de que raramente caiga en la tierra fértil.

Apuntaba el alba. La lejanía del mar resplandecía de oro.

—¡Tengo sueño! —dijo Shacro.

Nos detuvimos. Se tendió en un hoyo que el viento había excavado en la arena seca, no lejos de la orilla, y envolviéndose cabeza y cuerpo con el abrigo, se durmió en seguida. Yo me senté a su lado y me entretuve contemplando el mar.

Éste mostraba su vida ubérrima, llena de poderosa actividad. Las olas rodaban sobre la orilla y reventaban contra la arena, la que silbaba débilmente al absorber el agua. Agitando sus blancas crestas, las primeras olas chocaban ruidosamente contra la costa, retrocedían vencidas y encontraban otras olas que habían llegado para sostenerlas. En un abrazo de espuma, volvían todas juntas al asalto de la arena, ávidas de ampliar los límites de sus dominios. Desde el horizonte hasta la orilla, en toda la superficie del mar, nacían olas ágiles y vivarachas, que avanzaban, avanzaban sin cesar, en filas compactas, estrechamente unidas por una sola voluntad. El sol

coronaba sus crestas de una luz cada vez más deslumbrante, y las más lejanas, las del horizonte, parecían reflejar una rubicundez de sangre. Ni una gota se perdía en aquel movimiento titánico de la inmensa masa de agua que parecía entregada a una persecución consciente, como si muy pronto fuera a conseguir, con sus grandes golpes rítmicos, su codiciada presa. Me entusiasmaba el empuje ardiente de las primeras olas que saltaban con osadía provocadora sobre la costa. Daba gusto ver cómo detrás de ellas avanzaba el mar, el mar potente, teñido ya por los fulgores del sol con todos los colores del arco iris y saturado del sentimiento incontenible de su fuerza y de su belleza. De detrás de una lengua de tierra que cortaba las aguas surgió un gran navío, que balanceándose orgullosamente sobre el seno tumultuoso del oleaje, lanzábase en dirección a alta mar. Las olas se precipitaron con furia contra él. Fuerte y hermoso, con sus metales resplandecientes al sol, en otro momento me habría hecho pensar en la soberbia creadora de los hombres que saben dominar los elementos... Pero ahora, a mi lado, yacía un hombre: ¡elemento también!

VIII

Caminábamos por la provincia de Tersk. Shacro, andrajoso y desaliñado, producía el efecto de un demonio maligno. No obstante, no sufría hambre, porque teníamos todo el trabajo que deseábamos. Él, como siempre, se mostraba incapaz del menor trabajo. Un día intentó descargar la paja de una máquina de trillar trigo. Después de media jornada renunció a ello porque se había rasguñado las dos manos. Otro día nos ofrecimos para cortar árboles; poco faltó para que él no se cortara la cabeza con el hacha.

Avanzábamos muy despacio. Dos jornadas de trabajo y una de camino. Shacro comía sin moderación de ninguna clase, y a causa de su gula me era imposible ahorrar lo suficiente para podernos comprar algunas ropas de vestir. Su vestimenta la constituían las prendas más diversas, reunidas grotescamente en una mezcolanza

de colores y de géneros. Le supliqué que no entrara en las tabernas y que se abstuviera de beber vino, al que tanto se había aficionado en los últimos días; pero no hizo ningún caso de mis observaciones.

Un día, poco después de nuestra llegada a un pueblo, tomó de mi bolsa cinco rublos que yo, con grandes fatigas, había ahorrado en secreto. A la noche regresó a la huerta donde yo trabajaba. Se hallaba completamente ebrio y lo acompañaba una rolliza moza cosaca, que me saludó en estos términos:

—¡Buenas noches, hereje maldito!

Y cuando, sorprendido por este epíteto, le pregunté por qué me llamaba hereje, me respondió con aplomo:

—¿Por qué, condenado diablo, prohíbes que este muchacho se divierta con las mujeres? ¿Es que se lo puedes privar, si la ley lo permite? ¡Maldito seas!

Shacro, apoyado en ella, aprobaba sus palabras con reiteradas inclinaciones de cabeza. Estaba completamente ebrio y a cada movimiento que hacía su cuerpo se sacudía igual que si tuviera los miembros descoyuntados. Su labio inferior colgaba. Sus ojos, soñolientos, me miraban con estúpida obstinación.

—¿Qué quieres de nosotros? ¡Devuélvele inmediatamente su dinero!
—exclamó la mujer con violencia.

—¿Qué dinero? —pregunté admirado.

—¡Devuélveselo, devuélveselo! O te haré detener por la policía.
¡Devuélvele los ciento cincuenta rublos que le robaste en Odesa!

¿Qué tenía que hacer? Aquel demonio de mujer podía muy bien, embriagada como estaba, llamar la atención de la policía, y entonces, las autoridades del pueblo, severas con los vagabundos como nosotros, nos habrían detenido. Y ¿quién podía prever las consecuencias de una detención de Shacro y mía? Procuré, pues, amansar a la mujer con diplomacia, cosa que no me fue nada difícil. Con la ayuda de tres botellas de vino, se apaciguó del todo. Por fin cayó derribada entre unos melonares y se durmió como un tronco.. Hice acostar también a Shacro; y a la mañana siguiente salíamos del pueblo dejando a la mujer dormida entre los melonares.

Enfermo por la embriaguez de la víspera, con la cara hinchada y la boca amarga, Shacro escupía sin cesar y suspiraba profundamente. Intenté entablar conversación con él, pero no contestaba: no hacía más que mover la cabeza como un caballo fatigado.

El día se presentaba caluroso. El aire se impregnaba de las espesas emanaciones del suelo húmedo, cubierto de una hierba densa y crecida, que casi nos llegaba a los hombros. Alrededor de nosotros todo estaba inmóvil; el verde mar que hollábamos con nuestros pies exhalaba hacia el cielo sus ricos aromas, tan fuertes que nos mareaban...

Con objeto de acortar el camino, seguíamos un estrecho sendero sobre el cual se arrastraban pequeñas serpientes coloradas que se retorcían bajo nuestros pies. A lo lejos, en el horizonte, elevábase una cordillera de nubes que parecía arrojar centellas de oro al ser besada por los rayos del sol: eran las montañas de Daguestán. El silencio que reinaba en todas partes adormecía el espíritu e invitaba a soñar dulcemente. Persiguiéndonos a través del espacio, avanzaban lentamente unos jirones negros de nubes. Confundiéndose unos con otros, no tardaron en cubrir el firmamento detrás de nosotros, mientras que, delante, el cielo se mostraba terso, excepción hecha de ligeras neblinas que aparecían y volaban bruscamente por el espacio, sobrepasándonos e intentando cubrir por completo el cielo. A lo lejos retumbaba el trueno y sus descargas iban acercándose cada vez más. Empezaron a caer gruesas gotas de lluvia sobre la hierba y ésta resonó con un sonido metálico.

No teníamos dónde guarecernos. La oscuridad lo invadía todo y el ruido de la hierba fue más fuerte y uniforme. El trueno estalló y las nubes temblaron, hendidas por la lanza azul del relámpago. Luego volvió a reinar la oscuridad en torno nuestro y aquella cadena de plata de las montañas lejanas se desvaneció en las tinieblas. El agua caía pesadamente, a torrentes, y uno tras otro los truenos iban rodando, aterradores, sobre la llanura desierta. La hierba, encorvada por el viento y la lluvia, se abatía sobre la tierra gimiendo suavemente. Todo se estremecía y se agitaba. Los rayos, cegadores, rasgaban las nubes... A su claridad brillante vislumbrábase, en la lejanía, la sierra de montañas, resplandeciente de chispas azuladas,

plateadas y frías, y cuando los relámpagos cesaban desaparecía como si se la hubiese tragado una cueva negra. Todo crujía, retemblaba y aumentaba los ruidos y hacía surgir otros nuevos. El cielo, taciturno y furioso, purificaba con fuego la tierra de todas sus manchas y la tierra se estremecía, aplastada por aquella cólera.

Shacro castañeteaba y gruñía como un perro asustado. Yo me sentía contento, por encima de las cosas cotidianas, en medio de aquella potente y lúgubre visión de la tempestad en la llanura. Aquel maravilloso caos me seducía y provocaba en mí un estado heroico que arrastraba mi alma a una terrible y salvaje armonía.

Experimenté deseos de participar, de expresar, del modo que fuese, mi sentimiento rebosante de entusiasmo por aquella fuerza misteriosa que vencía la obscuridad y las nubes. La llama azul que abrasaba el cielo parecía arder también dentro de mi pecho. Pero ¿cómo podía exteriorizar yo mi exaltado trastorno ante la grandiosa visión de la naturaleza?

Me puse a cantar con voz poderosa, con toda la fuerza de mis pulmones. El trueno retumbaba, los relámpagos estallaban, la hierba murmuraba y yo cantaba, y me sentía en perfecta afinidad con todos aquellos sonidos... Estaba exaltado: sentimiento excusable, ya que sólo a mí me afectaba. Me hallaba saturado del anhelo de absorber dentro de mí aquella viva y potente belleza, aquella fuerza que se desencadenaba por encima de la estepa, de sentirme más cerca de ella... ¡La tempestad en el mar y en la estepa! No conozco en la naturaleza nada que pueda comparársele.

Gritaba, pues, firmemente convencido de no causar ningún perjuicio a nadie y de que nadie podía reprochármelo. Mas de repente, alguien me tomó bruscamente de las piernas y caí casi sentado sobre el barro. Shacro me miraba a la cara con expresión seria e indignada.

—¿Qué, te has vuelto loco? ¿No? ¡Entonces, calla! ¡No grites! ¡De lo contrario, te rompo la cabeza! ¿Entiendes?

Extraordinariamente sorprendido, le pregunté en qué le molestaba.

—¡Me asustas! ¿Comprendes? El trueno resuena, Dios habla, y tú gritas... ¿Qué estás pensando?

Respondíle que tenía el derecho de cantar si así me placía, de igual modo que podía hacerlo él.

—¡Es que yo no quiero! —dijo categórico.

—No cantes —le dije.

—¡Y tú no cantes, tampoco! —me contestó con severidad.

—Pues me gusta cantar...

—Pero, escucha: ¿qué es lo que te imaginas? —volvió Shacro a insistir, colérico—. ¿Qué clase de ser eres tú? ¿Tienes casa? ¿Tienes madre? ¿Tienes un padre? ¿Tienes parientes? ¿Tierras? ¿Quién eres tú aquí abajo, en la tierra? ¿Te crees ser un hombre? ¡Yo sí que soy un hombre! ¡Yo sí que tengo de todo! —Y dábale golpes en el pecho—. ¡Soy un príncipe...! Y tú... tú, ¡tú no eres nada! ¡Tú no tienes nada! Tú dices: «¡Yo soy esto!» ¿Quién puede saberlo? Y a mí me conocen en Kutais, en Tiflis. ¿Comprendes ahora? No vayas, pues, en contra de mí. ¡Tú me sirves y no te arrepentirás! Te lo pagaré diez veces. ¿Que es mucho lo que haces por mí? No puedes hacer otra cosa; ¡tú mismo has dicho que Dios manda servir sin recompensa! Y, en cambio, ¡yo quiero recompensarte! ¿Por qué, pues, quieres atormentarme? Me sermoneas y me espantas. ¿Tú quisieras que fuese como tú? ¡Esto no está bien! ¡No me has de considerar igual a ti! ¡Eh, eh...!

Hablaba, voceaba, respiraba, soplababa... Yo lo contemplaba lleno de sorpresa y de admiración. Era evidente que él rebotaba la indignación, el rencor, el descontento acumulado en el transcurso de todo nuestro viaje. Había más aún: hundía su puño en mi pecho, sacudíame los hombros, y en los pasajes más importantes de su discurso se arrojaba encima de mí con todo el peso de su cuerpo. La lluvia nos bañaba materialmente; el trueno seguía resonando sin cesar sobre nuestras cabezas, y Shacro, para hacerse oír, gritaba desahogado.

Lo tragicómico de mi situación se me apareció claramente y me causó risa.

Shacro escupió y me volvió la espalda.

IX

A medida que nos aproximábamos a Tiflis, Shacro se volvía cada vez más abstraído y taciturno. En su rostro enflaquecido, pero siempre impasible, se había operado un cambio. No lejos de Vladikavkás nos contratamos en una alquería de circasianos para la recolección del maíz.

Como al cabo de dos días de trabajar entre los circasianos, ninguno de los cuales hablaba el ruso, se burlaban de nosotros y nos insultaban en su lengua, resolvimos dejar el trabajo y seguir el camino, atemorizados por la creciente animosidad de los indígenas.

Sólo nos habíamos alejado unas diez verstas de la alquería, cuando Shacro extrajo repentinamente de su blusa una pieza de muselina y mostrándomela con aire de triunfo, exclamó:

—¡Ya no tenemos necesidad de trabajar! Venderemos esto y podremos comprar todo lo que nos hace falta. Nos alcanzará para llegar a Tiflis. ¿Lo ves?

Llevado por la indignación, le arrebaté de las manos la muselina y la arrojé lejos, mirando hacia atrás. Los circasianos no perdonan nada. Pocos días antes los cosacos nos contaron lo siguiente: un vagabundo, al abandonar una alquería donde había trabajado, se llevó una cuchara. Los circasianos lo alcanzaron pocos momentos después, lo registraron, y habiéndole encontrado el objeto robado, le abrieron el vientre con un cuchillo. Después de haberle hundido la cuchara en el vientre, volviéronse tranquilamente, dejando a aquel hombre abandonado en la estepa, donde unos cosacos lo recogieron medio muerto. Él les explicó lo sucedido y murió en el camino mientras lo trasladaban al pueblo. Los cosacos nos habían advertido repetidamente que recelásemos de los circasianos, y nos contaron historias parecidas, que yo no tenía ningún motivo para no creer.

Las recordé a Shacro, quien al principio me escuchó, de pie delante de mí, en silencio; pero de repente, mostrando los dientes y con los ojos entornados, se lanzó sobre mí, brincando como un gato. Luchamos esforzadamente durante unos cinco minutos, hasta que Shacro gritó, con ira:

—¡Basta ya!

Fatigados, sin pronunciar una palabra, permanecimos unos momentos sentados en el suelo, uno frente a otro. Shacro miraba melancólicamente hacia donde yo había tirado la muselina encarnada. Por fin dijo:

—¿Por qué nos hemos peleado? ¡Tsé, tsé! ¡Qué tontería! ¿Acaso te he robado a ti? ¿De qué te enojas? He tenido compasión de ti y por esta causa he robado... Tú trabajas y yo no sé trabajar... ¿Qué he de hacer, pues? Te quería ayudar... Tsé, tsé.

Traté de explicarle lo que era un robo.

—¡Te ruego que te calles! Tu cabeza parece de corcho —me dijo con desprecio, y luego objetó—: Cuando estés a punto de morir es cuando te decidirás a robar, ¿eh? ¡Ah! ¿Y esto es vivir? ¡Calla!

Temiendo irritarle más aún, guardé silencio. Era la segunda vez que robaba. La primera vez fue cuando recorríamos la costa del mar Negro, que se apoderó de una balanza de bolsillo de unos pescadores griegos. También entonces tuvimos que pelearnos.

—¡Bueno! Adelante —dijo después de habernos tranquilizado y descansado los dos, hechas las paces.

Proseguimos nuestro camino. A medida que pasaban los días notaba que Shacro se volvía más taciturno; me observaba de una manera rara y con evidente recelo. En cierta ocasión, después de haber cruzado la hondonada de Darial, mientras descendíamos por el Gudaur, me dijo:

—Dentro de un día o dos llegaremos a Tiflis... ¡Tsé, tsé! —chasqueó la lengua con aire satisfecho—. Volveré a mi casa. «¿Dónde estuviste?» «He viajado.» Me bañaré, ¡aja, aja! Comeré mucho. ¡Ah! ¡Mucho, mucho! Diré a mi madre: «Traigo buen apetito.» Y a mi padre: «Perdóname. He pasado muchas fatigas. ¡He visto muchas cosas! ¡Los vagabundos son muy buena gente!» Cuando encuentre alguno de éstos, le daré un rublo, lo llevaré a la taberna y le diré: «Toma vino; yo también he sido un vagabundo.» A mi padre le hablaré también de ti... «¡He aquí un hombre! Ha sido para mí como un hermano mayor. ¡Me ha sermoneado, me ha pegado, el muy sinvergüenza...! Me ha alimentado. Y ahora —le

diré— a ti te toca alimentarlo. Manténlo durante un año. Un año, ¡ni un día menos!» ¿Lo comprendes bien, Maxim?

Me gustaba oírle hablar de este modo. Entonces descubría en él algo de infantil y de simple. Semejantes discursos me interesaban, aunque no fuese más que porque no conocía a nadie en Tiflis y el invierno se aproximaba, amenazador. Bajando por el Gudaur, ya había nevado. Tenía puesta alguna esperanza en Shacro.

Avanzamos con rapidez. Henos ya en Msjet, la antigua capital de la Iberia. Mañana estaríamos en Tiflis.

A lo lejos, a unas cinco verstas, todavía, descubrí la capital del Cáucaso, arracimada entre dos montañas. ¡Era la meta de nuestro viaje...! Me sentía vagamente feliz. Shacro se mostraba indiferente. Miraba hacia adelante con ojos estúpidos, escupía de trecho en trecho su saliva de hambriento y se apretaba con frecuencia el vientre, mientras en su cara dibujábase una mueca de dolor. Había comido imprudentemente unas zanahorias crudas, cogidas al borde del camino.

—¿Tal vez te imaginas que yo, un noble georgiano, entraré en mi ciudad de día, tal como voy, sucio y andrajoso? No; aguardaremos a que sea de noche. ¡Detengámonos!

Nos sentamos junto a la pared de un edificio mugriento y en ruinas, y después de arrollar sendos cigarrillos, temblando de frío, nos pusimos a fumar. Por el camino real de Georgia soplaban un viento helado y cortante. Shacro, medio tumbado, tarareaba una canción muy triste... Yo pensaba en una habitación acogedora y cálida, y en las demás ventajas de la vida sedentaria sobre la vida errante.

—¡Vamos! —exclamó Shacro con aire resuelto, levantándose.

Había terminado el día. La ciudad encendía sus luces. Era un espectáculo lindo: una tras otra, las diminutas llamas surgían al azar de la obscuridad que inundaba el valle y en cuyo seno dormía la ciudad.

—¡Oye! Dame tu bashlik para que pueda taparme la cara... ¡Así quizá mis amigos no me reconocerán!

Le di el bashlik. Nos hallábamos en la calle Olginskaia. Shacro silbaba con aire resuelto.

—¡Maxim! ¿Ves la estación del tranvía, allá abajo? ¿Aquel puente? ¡Espérame allí! ¡Te ruego que me aguardes! Yo entraré en casa de unos amigos y pediré noticias de mi familia, de mi padre, de mi madre...

—¿Tardarás mucho?

—Un momento... ¡Vuelvo en seguida!

Tomó con paso ligero por un callejón estrecho y oscuro, y desapareció... para siempre.

Nunca más volví a encontrar a aquel hombre que fue compañero de mi vida durante cuatro meses. Pero a menudo lo recuerdo sin el más pequeño rencor y siempre con alegría.

Me enseñó muchas cosas que no se encuentran en los más voluminosos libros, escritos por los más grandes sabios. Porque la filosofía de la vida es más profunda y más amplia que la filosofía de los hombres.

FIN